

CAPÍTULO XV

Situación de la capital. — Indecisión de Apodaca. — Medidas represivas que adopta. — Suspensión de la libertad de imprenta (5 de junio de 1821). — Creación de la junta permanente de guerra. — Deserción en los cuerpos de la guarnición. — Decrétase el alistamiento forzoso. — Requisición de armas y caballos (bandos de 16 y 19 de junio). — Grande agitación en la capital durante el mes de junio. — Sucesos de Nueva Galicia: entusiasmo de las tropas á favor del Plan de Iguala. — Pronúncianse por la independencia Negrete y sus tropas en San Pedro (13 de junio). — Andrade y Laris secundan el movimiento en Guadalajara. — Fuga del mariscal de campo don José de la Cruz. — Entra Negrete en Guadalajara (13 de junio). — Proclama que dirige á los habitantes de Nueva Galicia. — Júrase la independencia en Guadalajara (14 de junio). — Proclama del doctor don Francisco Severo Maldonado. — Adhiérese al Plan de Iguala toda la provincia. — Capitulación de los realistas de San Blas (25 de julio). — Retírase Cruz á Durango acompañado de la sección al mando de Revuelta. — Deserción de gran parte de sus tropas al pasar por la provincia de Zacatecas. — Proclámase en esta ciudad la independencia (4 de julio). — Sale Negrete de Guadalajara con el propósito de sitiar á Durango. — Es recibido con grande entusiasmo en Aguascalientes (6 de julio). — Operaciones militares en el centro de Nueva España. — Marcha Parres, y en seguida Bustamante, para asediar á San Juan del Río. — Capitulación de don José María Novoa, jefe realista de esa plaza (7 de junio). — El coronel Concha sale de la capital con una división en auxilio de San Juan del Río y retrocede violentamente. — Acción de Arroyo Hondo: *treinta contra cuatrocientos* (7 de junio). — Entra Iturbide en San Juan del Río. — Preséntase Victoria en ese pueblo al primer jefe del ejército. — Plan de gobierno que le propone, según el historiador Alamán. — Calificación que de ese mismo plan hace el historiador Bustamante. — Apurada situación de Querétaro. — Ordena el virey que los jefes realistas Bracho y San Julián marchen desde San Luis Potosí en auxilio de esa plaza. — Dispone Iturbide enviar una división al encuentro de esas tropas enemigas. — Echávarri es nombrado jefe de la división. — Avanza ésta hasta San José Casas Viejas (13 de junio). — Disposiciones de Echávarri. — Encuentra éste á los realistas cerca de San Luis de la Paz (19 de junio). — Negociaciones entre Echávarri y Bracho. — Capitula la sección realista mandada por este último (22 de junio). — Felicita Iturbide á Echávarri por el buen éxito de su expedición y lo nombra comandante general de San Luis Potosí. — El primer jefe del ejército independiente asedia á Querétaro. — Concéntrase el brigadier Luaces en el convento de la Cruz. — Deserción en las tropas realistas. — Orden del día publicada con este motivo por Luaces (26 de junio). — Carta que dirige á Iturbide. — Entra este jefe en Querétaro (27 de junio). — Capitulación de Luaces (27 y 28 de junio). — Bando de Iturbide relativo á impuestos (30 de junio). — Quedan abolidas las contribuciones extraordinarias. — Operaciones militares en el centro y oriente. — Acción de la Huerta, cerca de Toluca (19 de junio). — Derrota de los realistas al mando del coronel Díaz del Castillo. — Premios y condecoraciones que concede el virey á los jefes, oficiales y soldados de esa división. — Campaña de Santa Anna en la provincia de Veracruz. — Marcha contra el puerto de este nombre. — Rompe el fuego contra la plaza (2-6 de julio). — Asalto y entrada de los independientes (7 de julio). — Son rechazados con grandes pérdidas y Santa Anna se retira á Orizaba. — Agitación en México durante los últimos días de junio y principios de julio. — Resuélvense muchos oficiales de la guarnición á deponer á Apodaca. — Ocupan el palacio y obligan al virey á firmar su dimisión (5 de julio de 1821). — Nombramiento del mariscal don Francisco Novella. — Retírase Apodaca á la villa de Guadalupe. — Oposición de la junta provincial para reconocer al nuevo gobernante. — Cede y recibe el juramento de Novella (8 de julio). — Providencias dictadas por Novella durante los primeros días de su gobierno (6-16 de julio). — Operaciones de Bravo en el norte de la provincia de México. — Ocupa á Pachuca y Tulancingo. — Marcha á sitiar á Puebla. — Únese á la división de Herrera (22 de junio). — Principia el sitio de Puebla (2 de julio). — Armisticio para tratar de capitulación con Iturbide (17 de julio). — Marcha el ejército independiente de Querétaro á sitiar la capital. — Iturbide avanza á reforzar los sitiados de Puebla. — Su proclama en Cuernavaca (23 de julio). — Llega á Cholula. — Capitulación de Puebla (28 de julio). — Entra Iturbide en esa ciudad (2 de agosto).

Las noticias de la fácil rendición de Valladolid y de las ventajas que los independientes alcanzaban diariamente en la región oriental, aturdieron á Apodaca en tanto grado que la historia de los postreros días de su administración es una serie de graves errores y de providencias desacertadas. Sin la energía de Venegas y Calleja, dejó tomar creces al movimiento iniciado en Iguala creyendo que bastarían á sofocarlo las divisiones que estallarían entre los antiguos insurgentes y los nuevos defensores de la independencia, y sin las dotes del hombre de Estado no comprendió que la aspiración unánime del país empujaba á todos los que hasta entonces sostuvieran la dominación, á realizar un ideal, tanto más caro y halagüeño, cuanto fué intenso y prolongado

el sufrimiento de la sociedad entera durante la porfiada lucha de emancipación. Cuando los sucesos que se desarrollaron en el curso de mayo le hicieron comprender la intensidad del mal, acudió Apodaca á medios represivos, que sin oponer barreras al torrente impetuoso, irresistible de la revolución, exacerbaban más y más los ánimos y descubrieron la debilidad de un poder que no tardaría en hundirse para siempre. En la situación de aquel funcionario, dos caminos se le ofrecían para intentar el allanamiento de tantos y tan graves obstáculos: reunir en un cuerpo de ejército todas las tropas que aun le permanecían fieles y librar á decisivo combate la suerte de la dominación, ó entrar en acomodamientos con el primer jefe de los independientes á fin de obtener las

mayores ventajas para España y los españoles residentes en México.

Pero ya hemos visto que no adoptó ninguno de esos extremos. Por culpa de Liñán, aquel cuerpo de ejército reunido en la hacienda de San Antonio nada intentó contra Iturbide, cuando éste se hallaba en Iguala y Teloámpam al frente de escasas y vacilantes tropas. Por culpa del mismo Apodaca, no marchó contra los que en el *Bajío* proclamaron la independencia la fuerte división que bien pudo formar con los soldados que guarnecían México y las poblaciones circunvecinas; y respecto de negociaciones y arreglos hemos visto también que rechazó con indignada altivez la mediación intentada por Cruz y el obispo de Guadalajara. En los primeros días de junio no hubiera podido, aunque quisiera, emprender un golpe decisivo contra el ejército independiente, porque éste, considerablemente aumentado, amenazaba ya por todo viento á las pocas ciudades dominadas aún por los realistas.

Hemos dicho que el virey acudió entonces á medios represivos, cuya aplicación es casi siempre signo seguro de ruina y muerte en el poder que á ellos recurre. Apodaca, por bando publicado el 5 de junio (1821), declaró suspensa la libertad de imprenta, habiendo antes consultado esta grave medida con varias corporaciones. La diputación provincial, el ayuntamiento, la Junta de censura y el Colegio de abogados tuvieron la entereza de aconsejarle que desistiese de ese propósito; pero el Tribunal de justicia (antigua Audiencia), el Consulado, el cabildo eclesiástico y los subinspectores de artillería é ingenieros lo aprobaron con aplauso, como que en estas corporaciones dominaban casi exclusivamente los españoles, y éstos eran los que más se distinguían por su espíritu estrecho y rencoroso. Apodaca mandó observar las leyes y disposiciones anteriores que limitaban el uso de la imprenta; dictó también órdenes severas á fin de impedir la circulación de los impresos que los independientes publicaban, y dispuso que la misma *Gaceta* fuese muy lacónica en la consignación de noticias referentes á movimientos y sucesos militares. «Así, dice el mismo historiador Alamán, mientras el imperio español se desplomaba á gran prisa en Nueva España, la *Gaceta* del gobierno de México estaba llena de artículos de sucesos insignificantes (y muy atrasados) de Rusia, de Nápoles ó de Francia, ó se ocupaba en referir las fiestas que se hacían en los pueblos de España, por la bendición de las banderas de la guardia nacional que en ellos se organizaba.» Ni el bando vireinal, ni la activa vigilancia de la policía eran bastantes á impedir en la capital la circulación de impresos y noticias de los ejércitos independientes, y la prohibición impuesta por la autoridad y la exagerada circunspección de la *Gaceta* sólo produjeron el abultamiento de los rumores adversos á la ya vacilante y maltrecha causa realista.

Estas noticias infundían grande entusiasmo en los

adictos á la independencia y profundo desconcierto en las tropas de la guarnición, las cuales comenzaron entonces á desertar de sus banderas. En uno de los primeros días de junio, diez oficiales seguidos de más de doscientos soldados abandonaron las guardias de las garitas de San Lázaro, Candelaria y Belem, y marcharon á unirse con los independientes; perseguidos por una partida de dragones lograron escapar sin ser alcanzados, y la fuerza realista tornó á la ciudad trayendo á cuatro de los desertores que voluntariamente volvieron, arrepentidos de su intento. Este suceso y los apremiantes obstáculos y dificultades que lo rodeaban, obligaron al virey á constituir en el palacio una junta permanente de guerra presidida por él mismo, y formada del mariscal de campo don Pascual de Liñán, subinspector general; del de igual graduación don Francisco Novella, subinspector de artillería; de los brigadieres Alvarez y Espinosa Tello, y del coronel de ingenieros don José Sociats¹, siendo secretario el coronel don José Morán, que ejercía también á la sazón, aunque con el carácter de interino, las funciones de secretario del vireinato. Pocos días más tarde (12 de junio), fué nombrado el mariscal Novella gobernador militar de México dándole por segundo al brigadier Espinosa Tello, y se anunció en la orden del día que el mariscal Liñán quedaba disponible para tomar el mando del ejército de operaciones y salir de la capital, si así lo exigían las ocurrencias de la guerra.

Para proveer á la defensa de la capital convocó Apodaca á todos los españoles de ambos hemisferios (que así decía su bando) residentes en la ciudad, y que pudiesen sostenerse y uniformarse á sus expensas, ordenándoles que dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes formasen cuerpos de infantería y caballería, con el nombre de «Defensores de la integridad de las Españas,» denominación que pronto fué cambiada por el pueblo en la burlesca de los *integros*; y mandó también que los militares con licencia, los inválidos, y los retirados que antes hubiesen servido en el ejército real, se presentasen, bajo la pena de ser considerados como desertores, á continuar su servicio en sus respectivos cuerpos y clases, ó en los que les fueran señalados. Pocos acudieron, sin embargo, á ese llamamiento, y entonces el virey declaró en vigor el bando publicado por Calleja el 26 de octubre de 1813, por el que se establecía el alistamiento forzoso, y sin excepción, de todos los varones que tuviesen de diez y seis á cincuenta años, so pena de servir por seis años en las tropas veteranas (7 de junio). Para llevar á efecto esa disposición extrema se erigió una junta presidida por el coronel don José Ignacio Ormaechea, alcalde primero, y compuesta del regidor Cortina Noriega, del deán de la catedral don

¹ Diario publicado por Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 255-327. — Alamán sigue á dicho diario en la relación de los sucesos ocurridos en México en aquella época.

Andrés Fernández Madrid y de los condes de Agreda y de Heras Soto ¹.

Siguieron á estas providencias otras de carácter semejante, cuales fueron los bandos de 16 y 19 de junio por los que se ordenaba la requisición de armas y caballos, y además, «circuláronse órdenes muy terminantes, dice Alamán, á los comandantes de divisiones para tratar con toda severidad á los prisioneros y pasar por las armas á los oficiales y soldados que se manifestasen vacilantes en su lealtad; aunque habiendo expuesto algunos jefes las funestas consecuencias que el cumplimiento de tales prevenciones podía tener, se les contestó que no las ejecutasen.» Indicaban todas esas disposiciones el aturdimiento del gobierno en aquellos momentos solemnes, y el único resultado que produjeron fué el de aumentar la desertión, y muchos vecinos de la capital emigraban para no verse obligados á alistarse en los *íntegros*. En algunos lugares, como en Puebla, el pueblo arrancó los bandos para alistamiento y requisición de caballos, de los para-jes públicos en que fueron fijados.

Todo el mes de junio fué de intensa agitación en la capital y de grande angustia para el gobierno por las noticias funestas que de todas partes recibía. Debemos ahora proseguir el relato de los sucesos que precipitaban en todo el ámbito de Nueva España el triunfo de la independencia.

Al saberse en Guadalajara que el ejército independiente bajo las inmediatas órdenes de Iturbide había entrado en Valladolid, se avivó en sus habitantes el deseo de proclamar el Plan de Iguala. No era menor el que animaba á los oficiales y soldados de la división Negrete que se hallaba acantonada en el inmediato pueblo de San Pedro, y repetidas veces instaron los primeros á su general para que apresurase el momento de aclamar la misma causa que en otras provincias defendían abiertamente sus compañeros. Negrete contuvo por algún tiempo á sus briosos subalternos, deseoso de evitar un choque sangriento con las tropas que tenía Cruz dentro de Guadalajara, apoyadas por la división que al mando del coronel don Hermenegildo Revuelta se hallaba no muy lejos de aquella ciudad. Pero urgido cada vez más, hubo de señalar el 16 de junio para la proclamación de la independencia.

Sin embargo, la impaciencia de sus oficiales anticipó tres días tan anhelado acontecimiento, y el 13 de junio (1821) Negrete y su división proclamaron con entusiasmo el Plan de Iguala. Inmediatamente se difundió la noticia en Guadalajara, y el capitán don Eduardo Laris, que se había concertado de antemano con los de San Pedro y ocupaba el cuartel del Hospicio que contenía las municiones y la artillería, se apercibió á la defensa, en el caso de que el resto de la guarnición lo atacase, y envió violento aviso al general Negrete para que avan-

zase en su auxilio. Vanos fueron los temores de Laris, pues momentos después se presentaron en el cuartel del Hospicio los dragones de Nueva Galicia y los demás piquetes que formaban la guarnición, trayendo á su frente al coronel don José Antonio Andrade, quien acababa de adherirse con todos sus soldados al plan libertador. Cruz recibió al mismo tiempo la noticia de lo ocurrido en San Pedro y del pronunciamiento de la guarnición; dirigióse inmediatamente al cuartel del Hospicio con el propósito de contrariar el movimiento, pero allí Laris le dijo respetuosamente que se retirase, porque no era ya obedecido. Cruz se ocultó por lo pronto, y ese mismo día salió de Guadalajara con el intento de unirse á las tropas de Revuelta que se hallaban á distancia de diez leguas.

A las cinco de la tarde llegó Negrete con su división á la garita de San Pedro; allí lo esperaba la guarnición con Andrade y Laris, y juntas ambas fuerzas entraron en la populosa Guadalajara al compás de las atronadoras aclamaciones de la multitud que victoreaba á la independencia, á Iturbide, á Negrete, á Andrade y á Laris. Avanzaron las tropas hasta la plaza Mayor donde el ayuntamiento había mandado colocar una mesa con un Santo Cristo y un misal, y allí hicieron el juramento los jefes, oficiales y soldados. Negrete publicó ese mismo día una entusiasta proclama á los habitantes de Nueva Galicia, en la que los felicitaba por haberse adherido al Plan libertador... «Habitantes de la capital, decía en ese documento á los de Guadalajara; no puedo menos que manifestaros mi profunda gratitud viendo la moderación con que os habéis conducido en medio del júbilo que ha acompañado al acto soberano que acaba de celebrarse. Yo me lisonjeo de que los demás pueblos de la provincia darán iguales pruebas de discreción y decoro en el acto de la misma publicación. De este modo los hombres tímidos conocerán la sinceridad de vuestras intenciones, y convencidos de que vuestro objeto sólo consiste en el bien general, abrazarán cordialmente vuestro partido y concurrirán al fomento de un pueblo virtuoso que sólo aspira á su libertad por medios justos y racionales. Ábranse ingenuamente nuestros brazos y desaparezca entre nosotros toda discordia odiosa. Identifíquese el europeo con el americano, y no haya en este pueblo más que una sola denominación: la de ciudadano de estas provincias. El gobierno verá con sumo desagrado cuanto conspire á desunir estos mutuos intereses y tendrá bastante energía para castigar al que promueva discordias.»

Al día siguiente (14 de junio de 1821), el brigadier Negrete convocó en la casa de gobierno á todas las corporaciones y empleados públicos para que jurasen el plan proclamado por Iturbide. Así lo hicieron la diputación provincial, la audiencia de aquel distrito, el ayuntamiento, el cabildo eclesiástico, la Universidad, el tribunal del Consulado, los jefes y empleados de la

¹ Diario antes citado, y Alamán, *Historia de México*, tomo V, pág. 246, edición de 1852.

Hacienda pública, los demás empleados civiles y los prelados regulares. Acto continuo Negrete manifestó á la junta la necesidad de nombrar una autoridad superior que sustituyese al mariscal don José de la Cruz, oculto ó fugitivo desde el día anterior, y en consecuencia, pidió que se designase la persona que debiera recibir el mando: los miembros de la Audiencia dijeron que, según las disposiciones legales, tocaba ejercer las funciones de jefe superior político y comandante general al mismo brigadier Negrete; muchos de los concurrentes emitieron igual opinión, y la junta acordó unánimemente esos nombramientos, disponiendo que á falta de Negrete por enfermedad ó ausencia, lo reemplazase en el mando el coronel don José Antonio Andrade. Los concurrentes á la junta, presididos por Negrete, se dirigieron en seguida á la catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum*, y terminada esta función religiosa, el nuevo comandante general volvió á las casas de gobierno, en compañía de las corporaciones y rodeado de un inmenso gentío que aclamaba sin cesar á la independencia y á sus armados defensores. Pocos días después el cabildo eclesiástico celebró el juramento de la independencia con una suntuosa función en la catedral en la que predicó el doctor don José de San Martín.

Negrete fué ensalzado en aquellos días por los habitantes de Nueva Galicia, quienes olvidaban al cruel y terrible jefe realista de 1812 y 1813, para no ver en él más que al propugnador de la independencia que los había libertado del odioso yugo de Cruz. La vehemencia ingénita de los hijos de aquella provincia se manifestó entonces por repetidas demostraciones de regocijo; la prensa, rotas las trabas que la sujetaban, difundió las ideas y aspiraciones que habían permanecido opresas y sofocadas hasta allí; y una de las producciones que más llamaron la atención fué una proclama del ilustrado doctor don Francisco Severo Maldonado, antiguo cura de Mascota, á quien obligó Cruz en otro tiempo á defender la dominación española en el periódico intitulado el *Telégrafo de Guadalajara*, en castigo de haber escrito en el *Despertador Americano*, publicación fundada por el ilustre Hidalgo ¹. El viejo patriota, ciego y enfermo, se reanimó con el triunfo de la libertad y excitaba á sus compatriotas á la unión y á la concordia para conservar aquel inestimable don, alcanzado á costa de tantos heroicos esfuerzos ².

¹ Capítulo XV, lib. I, pág. 251.

² PROCLAMA DEL DOCTOR MALDONADO

«¡Gloria á Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra! ¡viva la independencia! ¡viva la religión! ¡viva la unión más estrecha y cordial entre los habitantes todos del imperio mexicano!

»Guadalajarenses, ya sois libres; ya sacudió la patria sus cadenas; respirad y dilatad vuestros corazones.

»Varones apostólicos que os ligasteis con el solemne juramento de observar y practicar los consejos evangélicos, seguid en el retiro de vuestras celdas viviendo tranquilos y felices, continuad orando por vuestros hermanos y atrayendo sobre la patria nuevas bendiciones. La libertad, la seguridad, la propiedad y la igualdad ante la ley son derechos que nacen y mueren con el hombre. Los vuestros

Trató Negrete de que se formase desde luego una junta de gobierno, y propuso al primer jefe del ejército que ésta se compusiera de dos diputados por cada una de las provincias de Valladolid, Guanajuato y Guadalajara, é Iturbide le contestó diciéndole:—Convengo en la necesidad de la instalación de un gobierno provisional; pero para verificarla se han pulsado varios inconvenientes que me han hecho desistir de ello, porque no vayamos á dividir la opinión con mal suceso.—Entonces Negrete estableció una junta meramente consultiva para los negocios de la provincia de Guadalajara. Toda la Nueva Galicia siguió el ejemplo de su capital, adhiriéndose á la independencia, y sólo se sostuvieron fieles al gobierno vireinal, por algún tiempo, los empleados y marinería de San Blas, por lo que dispuso Negrete que marchase á ocupar ese puerto una división al mando de Laris, quien se apoderó de él por capitulación el 25 de julio.

Don José de la Cruz, después de su ocultación al proclamar la independencia las tropas de Guadalajara, salió fugitivo de esta ciudad hasta unirse con la división de don Hermenegildo Revuelta. Dirigióse en seguida á Zacatecas, en cuya ciudad se hallaban de guarnición el batallón Mixto y el de Barcelona (antiguo de Navarra), al mando de su coronel don José Ruiz. Temeroso Cruz de que Negrete lo alcanzase, no se detuvo en Zacatecas más que el tiempo preciso para apoderarse de los fondos que estaban depositados en las cajas reales, los cuales ascendían á más de cien mil pesos. Incorporados á su

van á ser respetados y garantidos. Quédese para los filósofos inconsecuentes el proclamarlos como sagrados é inviolables, para tener el descaro de quebrantarlos y de hollarlos.

»Americanos todos, americanos venturosos; terminóse, en fin, la prolongada y tenaz lucha de tres siglos con que ha estado forcejeando el despotismo para secar las fuentes de la prosperidad y la abundancia que la Omnipotencia se esmeró en derramar por nuestro suelo. No, no se verán ya dentro de poco hombres macilentos y andrajosos en la región más feraz de todo el universo; ni yermo y despoblado el continente más vasto del globo que habitamos. ¡Oh memorable día trece de Junio! harás época en los fastos del imperio mexicano; la harás también en la historia de la regeneración social de los pueblos.

»¡Llor eterno á los valientes, que han conquistado la independencia nacional! ¡Héroes inmortales! Todo americano os debe de justicia un tributo de gratitud y reconocimiento que transmitido como una herencia sagrada de padres á hijos, llegará de generación en generación hasta las edades más remotas. Negrete, Andrade, Laris y tantos otros que habéis intervenido en tan gloriosa empresa, agravaría vuestro patriotismo si tratase de exaltarlos con mis débiles elogios. Más sólida es la corona que os espera, y el placer de hacer bien es la recompensa de las grandes almas.

»Americanos: mostraos dignos del gran presente que el cielo acaba de haceros en la efusión de sus misericordias; sobreponéos á todas las bajas pasiones, indignas de hombres libres; olvidad injurias de tres siglos; asombrad al universo con el espectáculo de vuestras grandes virtudes: ya es tiempo de desplegar todos los resortes de vuestro carácter bondadoso y humano, reconocido por todas las naciones, y de vencer á vuestros más protervos enemigos, con frecuentes y continuos rasgos de bondad y mansedumbre. Reflexionad que sólo al despotismo, sólo al bárbaro y horrible despotismo ha sido dado desnaturalizar á los hombres, hasta hacer á los hijos embriagarse con la sangre de sus padres, y al hermano traspasar con una bala el pecho de su hermano. Huya, huya para siempre á sepultarse en el abismo el espíritu infernal de la persecución y de la discordia.»

(Impresa en la oficina tipográfica de don Mariano Ramírez, Guadalajara, 1821. Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos).

división los batallones Mixto y de Barcelona, prosiguió violentamente su marcha á Durango, *porque la fuga del cobarde siempre es muy precipitada*, dice el ilustre Bustamante. Al llegar á Sain Alto, y mientras descansaba la fatigada división realista, un cabo del batallón Mixto de Zacatecas, llamado José María Borrego, arengó á los soldados de ese cuerpo excitándoles á declararse por la causa de la independencia; todos respondieron que estaban decididos á proclamarla y se formaron inmediatamente en batalla para recibir á los otros cuerpos de la división. Pero Cruz, en quien el valor nunca fué la calidad dominante, lejos de intentar la represión del sublevado cuerpo, prosiguió su marcha con mayor violencia y entró en Durango el 4 de julio (1821), donde fué recibido con grandes agasajos por el obispo de aquella diócesis, marqués de Castañiza, quien siempre había manifestado profunda aversión á la independencia. El mismo día (4 de julio) entró en Zacatecas el batallón Mixto que había proclamado el plan libertador en Sain Alto: los habitantes lo recibieron con inmenso entusiasmo y durante la noche se juró con toda solemnidad la independencia. Aguascalientes había sido abandonada algunos días antes por el comandante español don Miguel Béistegui, quien marchó á incorporarse con Cruz después de consentir el saqueo á que se entregaron sus soldados en aquella villa.

Resuelto el brigadier Negrete á perseguir á Cruz, previno á Barragán y al comandante general de Guajuato que avanzasen, respectivamente, por la Barca y San Pedro Piedragorda, mientras él marchaba en su seguimiento, invistiendo del mando de Guadalajara al coronel don José Antonio Andrade. Salió de esta ciudad el 23 de junio, al frente de la división que fué llamada de reserva, y en la misma fecha escribía al primer jefe del ejército: «Si no arrojamus á la mar á Cruz y yo me alejo de esta provincia, se perderá todo lo adelantado, lo cual será una lástima, porque los pueblos se van entusiasmando y la venganza del cobarde Cruz será terrible ¹.» Negrete destacó en persecución del antiguo y odioso jefe militar de Nueva Galicia al teniente coronel Correa con quinientos caballos, y el 6 de julio entró en Aguascalientes al estruendo de salvas, repiques y vivas entusiastas de los habitantes. Al llegar el general Negrete á las puertas de la villa fué recibido por el ayuntamiento y por cuatro niñas que simbolizaban la Libertad, la Religión, la Independencia y la Unión, y cada una de ellas le entregó una cadena de plata, una palma, un ramillete de flores y una banda con los colores adoptados en Iguala, como representación de la soberanía nacional. Allí supo Negrete lo ocurrido en Sain Alto y el pronunciamiento de Zacatecas, todo lo cual comunicó á Andrade, jefe militar de Guadalajara, en los siguientes términos:

«Los días 3 y 4 del corriente quedaron completamente descubiertos los engaños de los tiranos de la patria. La tropa que los acompañaba se desengañó y conoció perfectamente su cobarde egoísmo. La dispersión fué grande en el Maguey y en el Fresnillo. El general Cruz y los coroneles Ruiz y Revuelta van huyendo casi solos hacia Durango. Se llevan por delante los caudales de la Hacienda pública: sólo de éstos y de sus personas se ocupan, pero nuestra caballería los va persiguiendo al mando del teniente coronel Correa, y todavía no pierdo la esperanza de que los alcance.

La guarnición de Zacatecas proclamó la independencia la noche del 4, y la ciudad la juró solemnemente el día de ayer. En esta provincia (Zacatecas) y en la de San Luis no hay pueblo ni aun rancho donde no se haya proclamado la independencia. Sírvase V. S. comunicarlo á ese benemérito público, para que su patriotismo tenga esta nueva satisfacción.—Dios guarde á V. S. muchos años, Aguascalientes, 6 de julio de 1821.—*Pedro Celestino Negrete*.—Señor coronel don José Antonio Andrade, jefe político y militar de Guadalajara ¹.»

Dejando para el capítulo siguiente la relación del asedio de Durango emprendido por la división de reserva al mando de Negrete, debemos seguir ahora las operaciones del ejército trigarante en el centro de Nueva España.

La proclamación de la independencia por las tropas realistas del *Bajío* y el movimiento de Iturbide contra Valladolid, hicieron sentir al gobierno vireinal la necesidad de reforzar á Querétaro para contener allí el desatado torrente que del interior amenazaba correr hasta la capital. Para ello era preciso ante todo conservar á San Juan del Río, que por su situación sobre la carretera que conduce de México á Querétaro, y por su proximidad á esta última población, era punto importantísimo y del cual dependía la suerte de la misma Querétaro. Así, antes de recibir Apodaca la noticia de la capitulación de Valladolid, ordenó que las tres compañías del batallón de Murcia, con las cuales volvió á la obediencia del gobierno vireinal el teniente coronel Almela ² y que habían marchado á reforzar la guarnición de Toluca, saliesen de esta ciudad y se dirigiesen violentamente á San Juan del Río; dispuso también que las secciones destinadas á perseguir á Magos se concentraran en esa población, y nombró comandante de la plaza al coronel don José María Novoa en lugar del teniente coronel Reina (fines de mayo).

Tuvo aviso Iturbide de esas disposiciones militares, y con el propósito de impedir la entrada de las compañías de Murcia en San Juan del Río, destacó desde Valladolid al teniente coronel Parres con el batallón de Celaya y ochocientos caballos. Esta fuerte sección marchó rápidamente, pero con mayor violencia anduvieron las compañías de Murcia, logrando llegar á San Juan

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 162, edición de 1846.

¹ Impreso en la oficina de don Mariano Ramírez, Guadalajara, 1821. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*). Alaman asienta equivocadamente que esa comunicación de Negrete fué dirigida á Iturbide.

² Capítulo XIII del presente libro.

del Río cuando los independientes entraban en la hacienda del Colorado, lugar que se halla entre ese pueblo y Querétaro. Parres continuó su marcha y al llegar á tiro de fusil, estableció sus posiciones, y entregó el mando al coronel don Anastasio Bustamante, quien llegó al campo de los independientes con un refuerzo de doscientos caballos. La guarnición realista, compuesta de mil cien hombres, comenzó á desertar desde que se presentaron los independientes á la vista, y mayor fué el desbandamiento á la llegada del coronel Quintanar al frente de otra división, la cual acabó de ceñir por todo viento al pueblo de San Juan. Sin haberse disparado un solo tiro, los defensores se vieron reducidos á cuatrocientos hombres, y entonces el comandante realista Novoa solicitó una capitulación que le fué concedida inmediatamente, siendo casi igual á la que acababa de ajustarse en Valladolid con Rodríguez de Cella. Novoa se retiró á México con los cuatrocientos que habían permanecido fieles, y los independientes tomaron posesión de San Juan del Río (7 de junio), donde hallaron varias piezas de artillería, muchos fusiles, parque abundantísimo y los fondos depositados en las cajas de la Hacienda pública. Entretanto había salido de México una división de mil hombres al mando del coronel don Manuel de la Concha, con el propósito de auxiliar á las guarniciones de Querétaro y San Juan del Río; pero al llegar á Cuauhtitlán recibió aviso de la capitulación de este último punto y de que el coronel Bustamante marchaba á su encuentro con una gruesa sección de caballería, por lo que volvió violentamente á la capital.

Iturbide, al frente del grueso del ejército, se había movido de Valladolid en dirección á San Juan del Río, y el mismo 7 de junio, día en que capituló la guarnición realista de esa plaza, pasaba á corta distancia de Querétaro. El comandante militar, brigadier Luaces, instruido de ese movimiento, ordenó al teniente coronel don Froilán Bocinos que con cuatrocientos soldados de infantería y caballería hiciese un reconocimiento del ejército enemigo á su paso por la barranca de Arroyo-Hondo. Precisamente al llegar Bocinos á este punto acababa de desfilarse la primera columna de las dos en que venía dividido el ejército, é Iturbide marchaba con una pequeña escolta de infantes y dragones, y á considerable distancia seguía la segunda columna. El teniente coronel español creyó poder destrozar fuerza tan pequeña antes de que llegase la segunda división, y en consecuencia cargó reciamente con todos sus soldados. La escolta de Iturbide mandada por el capitán de cazadores del Fijo de México don Mariano Paredes, á pesar de no tener más que treinta hombres, incluso el valiente y antiguo guerrillero Epitacio Sánchez, se sostuvo con heroico valor, puso fuera de combate á cuatro oficiales y cuarenta y dos soldados del enemigo, hizo prisioneros á otros dos oficiales y á tres soldados y dió tiempo á que la segunda columna llegase en su auxilio. Bocinos se retiró violentamente á Querétaro, perseguido de cerca por los independientes. Tal fué la acción de *treinta contra cuatrocientos*, que fué el lema del escudo con que Iturbide premió el heroico valor de Paredes y sus veintinueve compañeros ¹.

Después de este encuentro, el primer jefe del ejército libertador entró en San Juan del Río y allí se le presentó el general don Guadalupe Victoria. «El intento de éste, dice Alamán, era hacer que Iturbide variase el plan de la revolución, no para que se adoptase una forma de gobierno republicano como éstos pretendían, sino para que se llamase al trono, en lugar de Fernando VII y demás príncipes designados en el Plan de Iguala, á un antiguo insurgente que no se hubiera indultado y que no siendo casado se enlazase con una india de Guatemala, para formar de ambos países una sola nación: y como no había insurgente alguno en quien concudiesen estas calidades, pues casi todos se habían acogido al indulto, y los que no lo habían hecho, como Rayón y Bravo, eran casados, Victoria parecía designarse á sí mismo. Iturbide vió con desprecio semejante idea y formó tan triste concepto del que se la propuso, que no le dió grado alguno en el ejército, previniendo que se tuviese vigilancia sobre él. El mismo Victoria se contentó por entonces con publicar una proclama en elogio del primer jefe, recomendando la unión tan necesaria para el buen éxito ².» El autor que acabamos de citar asienta que fué informado de este plan político por don José Domínguez Manso, secretario de Iturbide, quien le aseguró haberlo tenido en su poder algún tiempo, formado por Victoria. Y Bustamante en su *Cuadro histórico* (tomo V, pág. 210), dice que este general se dirigió á San Juan del Río en busca de Iturbide, «llevándole un plan *bastante peregrino*, que por sí mismo había formado para la felicidad de la nación.»

Querétaro se hallaba en grande apuro una vez ocupado San Juan por los independientes, y así lo comprendió el comandante militar Luaces, quien escribió al virey con fecha 10 de junio, manifestándole que sólo tenía seiscientos cincuenta soldados para defender aquella plaza, la cual sería atacada en breve por todo el ejército independiente. «Por más que mi disposición y la de mis oficiales y tropa, decíale, sea la de morir antes que rendirnos, V. E. conocerá que la última resistencia no servirá más que para prorogar por días los progresos del enemigo, en cuya virtud espero que V. E. se sirva providenciar lo conveniente á que venga á marchas forzadas una división que no baje de tres mil hombres, ó dictarme las últimas órdenes, que serán cumplidas puntualmente mientras tenga un soldado de que disponer ³.» Esta

¹ El brigadier Luaces, por su parte, recomendó al virey el comportamiento de Bocinos y de la sección que éste mandaba, y atribuyó el descalabro que sufrieron al mayor número de las fuerzas de Iturbide y al entusiasmo fanático de que se hallaban poseídas.

² *Historia de México*, tomo V, pág. 220.

³ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 137, edición de 1846.

carta fué interceptada por Iturbide, quien la volvió á Luaces para indicarle que quedaba instruido de los pocos elementos de defensa que éste contaba dentro de Querétaro.

Para auxiliar á esta plaza había dispuesto el gobierno que saliesen de San Luis Potosí con ochocientos hombres de los batallones Zamora, Zaragoza y regimiento de San Luis, el coronel Bracho y el teniente coronel don Pedro Pérez de San Julián, quienes venían escoltando desde Durango un convoy de barras de plata. Esta sección se movió, en efecto, de San Luis el 15 de junio dirigiéndose hacia el Sur con aparente intento de pasar por San Luis de la Paz.

Bien anticipadamente informado Iturbide de la marcha de este cuerpo realista, dispuso destruirlo antes de que llegase al territorio de la comandancia de Querétaro, y en consecuencia, ordenó desde el 10 de junio al coronel don José Antonio Echávarri que con toda su división, aumentada con más de seiscientos hombres que debían unírsele y que á la sazón se hallaban en la hacienda de Chichimequillas, se situase en el punto que creyese más conveniente para atacar al enemigo, sin que le preocupase que éste pudiera recibir auxilio ninguno de Querétaro, «porque desde mañana, escribía el primer jefe, haré que aparezca una fuerza respetable á la vista de esa ciudad para dejarla sin movimiento libre, y si lo llegara á verificar sobre aquel rumbo, más tardará en salir, por pronto que lo verifique, que en tener mil quinientos ó dos mil hombres por su retaguardia: cuente V. S. con esta seguridad para sus providencias.» Y para dirigir mejor las operaciones, Iturbide trasladó ese mismo día su cuartel general de San Juan del Río á la hacienda del Colorado, lugar poco distante de Querétaro.

Echávarri avanzó con su división hasta el pueblo de San José Casas Viejas, donde llegó el 13 de junio; en su tránsito le habían alcanzado las tropas estacionadas en Chichimequillas, al mando del teniente coronel Arlegui, y de San Miguel el Grande salieron á aumentar su división los tenientes coroneles don Gaspar López y don Zenón Fernández con setecientos hombres de infantería y caballería. Además, Iturbide dispuso que partiese de su campamento, para reforzarle, el comandante don Juan José Codallos con el segundo batallón del Fijo de México, cincuenta dragones de Frontera y dos piezas de artillería. El jefe de la división independiente, no seguro del camino que seguiría el enemigo á través de la provincia de Guanajuato, repartió sus numerosas tropas en diversos puntos; pero al saber que aquél había llegado á la hacienda de Villela comprendió que continuaría su marcha por San Luis de la Paz, y en el acto ordenó que todos sus cuerpos se concentrasen en ese pueblo, y él mismo los siguió, llegando allí á las diez de la noche del 18 de junio. Quedó de reserva en San José Casas Viejas el batallón de la Unión al mando del teniente coronel

Oviedo, quien recibió instrucciones de cortar la comunicación con Querétaro y de estorbar la retirada del enemigo por el lado de la Sierra de Xichú.

Al día siguiente (19 de junio), supo Echávarri que el enemigo proseguía su marcha hacia San Luis de la Paz, aunque mermada su fuerza por haber desertado toda la caballería al llegar á la hacienda de Villela, y desde luego dispuso salir á su encuentro; al llegar al llano de San Rafael, distante media legua de aquel pueblo, formó su línea de batalla poniendo la infantería á las órdenes del teniente coronel Codallos y la caballería á las del jefe de igual graduación don Luis Cortazar, con instrucciones á este último de dividir sus cuerpos en trozos de cincuenta hombres que molestasen la marcha del enemigo y se apoyasen en el primer batallón del Imperio, que antes se había llamado de Cuauhtitlán. La tropa realista avanzaba, en efecto, procedente de la Saucedá, pero al percibir en el llano de San Rafael á los independientes formados en línea de batalla, su jefe superior el coronel Bracho mandó que hiciese alto y pidió tener una entrevista con Cortazar; éste avisó lo que ocurría al coronel Echávarri, quien avanzó al encuentro de Bracho y San Julián, los cuales manifestaron que sus tropas venían sedientas y rendidas de fatiga, por lo cual podríanse señalar los campos y aplazar para esa misma noche el convenio que se creyese más justo. «Accedi á ello, dice Echávarri en su parte oficial ¹, por no separarme un momento de la generosidad de nuestra empresa, y de común acuerdo pasaron los mayores de órdenes á señalar los campos en los lugares adecuados: el del señor Bracho al norte, sobre el costado derecho del pueblo; y el mío dentro de éste, sirviendo de línea divisoria el arroyo de San Luis. El señor Bracho tomó posición en la loma del Huisache y situó sus avanzadas sobre el arroyo, y por mi parte se hizo lo mismo.»

A las ocho de la noche Echávarri, seguido de dos oficiales y del padre don Gaspar de Tembleque, capellán de su división, se dirigió á una casa situada entre los dos campos, á la que concurrieron los jefes realistas Bracho y San Julián, y en la conferencia que allí celebraron quedó ajustado que se enviase al primer jefe del ejército independiente un oficial por cada parte y se esperase su resolución, alojándose entretanto las tropas vireinales en la hacienda de San Isidro, distante dos leguas de San Luis de la Paz. En consecuencia de lo convenido, al día siguiente (20 de junio), salieron rumbo al campamento de Iturbide el teniente de granaderos de Zamora don Cayetano Valenzuela con pliegos de Bracho, y el capitán de Moncada don Juan Tovar, con los de Echávarri ².

Mientras que estos oficiales marchaban á cumplir la

¹ Véase ese parte en el *Cuadro histórico* de Bustamante, t. V, págs. 164 á 172, edición de 1846.

² Véase el diario de este jefe, antes citado y que publicó Bustamante en su *Cuadro histórico*.

comisión que se les había conferido, llegó á San Luis de la Paz el teniente coronel Moctezuma con doscientos cincuenta caballos, lo cual motivó una reclamación de Bracho, manifestando que no debía hacerse cambio ninguno en el estado de las cosas entretanto se recibía la resolución de Iturbide; pero Echávarri le contestó que la tropa de Moctezuma estaba en marcha, antes del convenio, con destino á San Luis Potosí. Pocas horas después se incorporó á la división independiente el coronel don Anastasio Bustamante á la cabeza de cuatrocientos caballos y del batallón de la Unión, mandado inmediatamente

por el teniente coronel don Juan Domínguez. «En el mismo momento, decía Echávarri á Iturbide en el diario de sus operaciones, quise dar á reconocer por jefe de toda la fuerza al señor Bustamante, tanto porque le correspondía en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces; pero este jefe, deseoso únicamente de la pronta conclusión de la empresa que se había comenzado, para seguir en las demás que podían presentarse, como tan interesado en la felicidad de la patria, rehusó tomar el mando, llevado de la generosidad que le carac-



General don Luis Cortazar

teriza, manifestándome que yo debía terminar la obra empezada, y que contase en él un compañero, que como el primero de los que tenía á mis órdenes formaría en el lugar que le tocara. Rendido por acción tan generosa, y como mi aspiración es el acierto, no me separé un instante de acordar con dicho jefe lo mejor al buen éxito, esperando ambos la contestación de V. S. para ejecutar sin demora las órdenes que tuviese á bien comunicarnos.»

La respuesta de Iturbide fué recibida por Echávarri en la mañana del día 22 (junio), y ella era la de no admitir más que una rendición á discreción. Los comisionados eran portadores de cartas del primer jefe del ejército libertador para los comandantes de las sendas

divisiones Echávarri y Bracho; decía al primero que la obstinación del virey Apodaca negándose á oír toda proposición de avenimiento y el ningún fruto que su generosidad había producido, pues que el permiso de pasar á México, concedido á las guarniciones que capitularon en Valladolid, Jalapa y San Juan del Río, sólo sirviera á la Junta permanente de guerra para allegar más elementos de defensa en favor de una causa ya perdida, le obligaban á adoptar providencias más severas; y en consecuencia, ó las tropas realistas procedentes de San Luis Potosí se rendían á discreción, ó en caso contrario, debían ser atacadas hasta lograr su completo exterminio. A Bracho escribía Iturbide enviándole copia de las instrucciones que comunicaba á Echávarri, y manifestábale la pena

con que las había dictado, en fuerza de la conducta adoptada por el gobierno vireinal ¹.

Apresuróse Echávarri á obedecer las órdenes que acababa de recibir, y después de mandar al teniente coronel Amador que con trescientos caballos se situase á la retaguardia del enemigo, y al de igual grado don Luis Cortazar que con doscientos hombres de la misma arma se colocase en uno de los flancos, él mismo con mil infantes y mil caballos marchó de frente á la hacienda de San Isidro para intimar la rendición á los realistas en los términos que se le habían prevenido. Bracho, acompañado de un solo ayudante, avanzó al encuentro de Echávarri y le manifestó que estaba dispuesto á rendirse, con la única condición de que se permitiese á sus soldados marchar con sus armas y municiones hasta San Luis de la Paz, en donde serían entregadas unas y otras. Accedió el jefe independiente á esta petición, y continuando su marcha llegó á la hacienda de San Isidro, en la que recibió cuatro piezas de artillería, el armamento sobrante, vestuario, la plata del convoy y cincuenta y seis mil pesos en moneda provisional. En seguida, colocados en el centro los batallones de Zamora y Zaragoza con sus fusiles y municiones, la división regresó á San Luis de la Paz. Al siguiente día (23 de junio), los soldados realistas entregaron sus municiones y fusiles, siendo éstos en número de quinientos cuatro. «Muchos soldados, dice Alamán, llenos de indignación viéndose vencidos sin combatir, rompían los fusiles por no entregarlos, y alguno de ellos, al ponerlo en manos del oficial que había de recibirlo, se expresó con palabras tan sentidas que Iturbide, para quien el valor y amor al servicio eran las cualidades más estimables, lo tomó luego por su asistente, y el soldado, no menos fiel á su nuevo jefe que á sus antiguas banderas, lo acompañó con lealtad en todas las vicisitudes de su suerte.» El jefe de la división independiente propuso á los rendidos alistarse bajo las banderas del ejército mexicano en las que conservarían sus grados y antigüedad; quedar en libertad para dedicarse á la ocupación que cada uno adoptase, ó seguir la suerte de prisioneros de guerra, en cuyo caso se les destinaría á las poblaciones que indicase el primer jefe. Pocos más de cien hombres admitieron el primer partido, mayor número el segundo y los restantes prefirieron quedar en calidad de prisioneros ², siendo á poco confinados á varios pueblos del *Bajío*: Bracho fué destinado á la ciudad de Guanajuato y San Julián á la de Valladolid; y las barras de plata del convoy se entregaron á sus dueños.

Iturbide, antes de que se efectuase la rendición de Bracho y San Julián había avanzado hasta San José

Casas Viejas para proteger á Echávarri en caso necesario. Al saber el término feliz de la empresa confiada á este jefe regresó á la hacienda del Colorado con el propósito de estrechar el sitio de Querétaro, y deseando demostrar su satisfacción al valiente Echávarri ¹, lo nombró comandante general de la provincia de San Luis Potosí, en la cual se había proclamado sin obstáculo la independencia, pues las pocas tropas que obedecían al brigadier realista Torres Valdivia, jefe de las armas, le abandonaron desde el momento en que los tenientes coroneles don Zenón Fernández y don Gaspar López entraron en algunos pueblos de aquella provincia.

La rendición de Bracho y San Julián, al frustrar la única esperanza de auxilio que alentaba á la guarnición de Querétaro, dejó también libre á Iturbide de todo otro cuidado que no fuese el asedio estrecho de esa importante ciudad. Al frente de un ejército que ascendía á diez mil hombres, no creyó ardua tarea apoderarse de una plaza defendida por seiscientos cincuenta soldados, según aviso que daba al gobierno el brigadier Luaces y que fué interceptado por los sitiadores, como hemos dicho en el lugar correspondiente. Este jefe realista, obligado por el corto número de sus tropas, y más aun por la actitud hostil de los queretanos, á concentrar la defensa en un solo punto, abandonó la línea fortificada que comprendía gran parte de la ciudad y se atrincheró en el fuerte convento de la Cruz, posición dominante, y que, sin embargo, quedó bien pronto rodeada de artillados parapetos, levantados por el ejército independiente.

Apenas se formalizó el sitio comenzó la desertión en las filas realistas, porque se difundió entre ellas el rumor de que Luaces estaba resuelto á defenderse á todo trance, viéndose obligado á decir en su orden del día (del 26 al 27 de junio, 1821), que era infundado el terror esparcido entre sus tropas, respecto de la obstinación que en él se suponía: que si bien todo soldado debe sacrificarse en defensa del gobierno cuyas banderas ha jurado, ese justo deber tiene sus límites, compatibles con el honor militar; y por último, que perdida que fuese la esperanza de socorro y comenzando á escasear los recursos, propondría él mismo la capitulación al jefe de los independientes, si ésta fuese con los honores de la guerra, y sólo en el caso de que no se admitiese en tales términos perecería á la cabeza de los que quisieran seguirle. Todos estos alardes de pundonor militar repetía Luaces en una carta que escribió á Iturbide el 27 de

¹ Bustamante ha publicado ambas cartas en su *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 172 y 173, edición de 1846. — Alamán en la cita que hace de estos documentos los trastorna, dando por dirigida á Bracho la carta que Iturbide escribió á Echávarri.

² Diario de Echávarri publicado en el *Cuadro histórico*, de Bustamante, tomo V, pág. 171, edición de 1846.

¹ El 21 de junio (1821), antes de que se rindiese Bracho, escribía Iturbide á Echávarri lo siguiente, desde la hacienda del Colorado: «Doy á V., mi estimado amigo, la más cordial enhorabuena por la más importante victoria que ha logrado, con presentarse sólo á la vista de sus contrarios: admita V. un abrazo muy expresivo de mi amistad y los plácemes de todos los compañeros. Sé muy bien que con la división de V. sobra; pero bueno será que vean aún mayor fuerza, y que sepan los contrarios que sin abandonar á Querétaro tenemos otros 2,000 hombres de que disponer, y de aquella parte de allá que se violente todo cuanto sea posible, pues se nos estrecha el tiempo.» (BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 174, edición de 1846).

junio, en la cual se quejaba de la conducta del virey Apodaca, «quien pretende cubrirse, decía, con los diferentes jefes que ha comprometido, poniendo en ridículo las armas nacionales.» Y terminaba diciendo que de un momento á otro esperaba comunicaciones oficiales de aquel alto funcionario en las que debía manifestarle si estaba dispuesto á enviarle socorros; en caso contrario, expresaba Luaces que estaría pronto á capitular bajo condiciones que cubriesen su honor y el de sus subordinados¹. Entretanto, Iturbide había ocupado con sus tropas la ciudad, y hábil en ganarse las voluntades, pasó á visitar á la esposa de Luaces, refugiada en el convento de las Teresas, atención que el jefe realista agradeció vivamente apresurando quizás su resolución de capitular.

En efecto, los defensores del convento de la Cruz propusieron rendirse ese mismo día (27 de junio), nombrando comisionados para ajustar la capitulación á los coroneles Arana y Bocinos. Iturbide designó por su parte al coronel don Anastasio Bustamante y al mayor don Joaquín Parres, quienes unidos con los oficiales realistas convinieron en que las tropas vireinales saldrían de su posición con los honores de la guerra, en el término de veinticuatro horas; que no harían armas contra la independencia, comprometiéndose el primer jefe del ejército á facilitar su embarque para la Habana, y finalmente, que permanecerían en Celaya, entretanto se disponía su marcha para el exterior. Luaces se hallaba postrado en cama por grave dolencia de la que falleció algún tiempo después, é informado de ello Iturbide se dirigió al convento de la Cruz aquella misma noche, acompañado de su secretario don José Domínguez Manso. Al llegar á la puerta de aquel sombrío edificio, destinado á presenciar importantes acontecimientos de nuestra historia, fué detenido por el ¡*quién vive!* de los centinelas, al que contestó: *Iturbide*, con voz entera y bajándose el embozo de su capa. Rodeáronle entonces los soldados españoles, deseosos de conocerlo, y le acompañaron respetuosamente hasta el aposento en donde estaba el brigadier Luaces, á quien permitió permanecer en Querétaro en consideración á su enfermedad. El convento de la Cruz fué entregado á los independientes el 28 de junio (1821); las tropas realistas que lo habían guarnecido se retiraron á Celaya, según lo estipulado en la capitulación; y el mando militar de la ciudad fué confiado al teniente coronel don Miguel Torres que había ejercido antes el de la capital de Michoacán.

Dos días después de la capitulación de Luaces publicó Iturbide un bando (30 de junio) en que decretaba las contribuciones que habían de pagarse para sostenimiento del ejército que luchaba por la independencia. Después de increpar al gobierno vireinal por las muchas gabelas que durante la guerra había establecido, decía el primer jefe en aquel documento, que hallándose sepa-

rado ya de tan funesta dominación casi todo el suelo mexicano, era ya tiempo de que sus habitantes comenzasen á sentir la diferencia que hay entre el goce de la libertad y la opresión de un yugo extranjero. En consecuencia, y mientras las Cortes nacionales que debían reunirse establecían el sistema permanente de Hacienda, declaraba abolidos los impuestos de subvención temporal, contribución directa de guerra, de convoy, de 10 por 100 sobre alquileres de casas, de sisa, y en general todas las contribuciones extraordinarias que habían pesado sobre el país durante más de diez años. Dejaba subsistente la alcabala, cuyo pago debería exigirse por aforo y no por tarifa, y la reducía al 6 por 100, que era lo que se cobraba antes de la guerra; extendía este impuesto al aguardiente de caña y al mezcal, y en cambio suprimía las pensiones de cuatro pesos y dos y medio reales, impuestas sobre estos productos industriales para beneficiar los aguardientes españoles. El bando de Iturbide prescribía que cesase la franquicia de alcabalas concedida á los indios, quienes debían pagarla como los demás habitantes, y disponía que también se cobrase á los artículos destinados á la minería, libres hasta entonces de esa contribución¹. «Para reemplazar todos esos impuestos y proveer á los ejecutivos gastos del ejército, dice Alamán, se formó un reglamento de una contribución general voluntaria, prometiéndose Iturbide que en atención á la inversión que había de dársele, cual era asegurar el final éxito de la empresa de que dependía la felicidad pública, nadie desconocería la obligación de pagarla; mas sin embargo, estuvo muy lejos de producir lo que aquél esperaba.»

Dejemos por ahora al primer jefe del ejército libertador en Querétaro, justamente orgulloso de los importantes y repetidos triunfos que acababa de alcanzar, sin que por ellos hubiese de deplorar el derramamiento de sangre, y refiramos las operaciones militares que se habían efectuado al mismo tiempo en otras regiones del país.

Al aproximarse á San Juan del Río el grueso del ejército independiente, Iturbide destacó á Filisola hacia el valle de Toluca con instrucciones de ocupar la ciudad de este nombre y de levantar tropas en los pueblos de aquellos contornos. Filisola, que ya tenía el grado de coronel, se unió con el batallón de *Fernando VII*, que había sido enviado á ese rumbo después de la rendición de Valladolid, y en pocos días logró aumentar su fuerza con varias compañías de *realistas* que proclamaron la independencia y entraron en Toluca, cuyos habitantes le llamaron con patriótico entusiasmo, después de que se hubo retirado á Lerma el coronel don Angel Díaz del Castillo, que la guarnecía. Este jefe sólo contaba con un batallón, también denominado *Fernando VII*, pero á poco de haberse replegado á Lerma recibió de la capital conside-

¹ Bustamante ha publicado esta carta en su *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 176, edición de 1846.

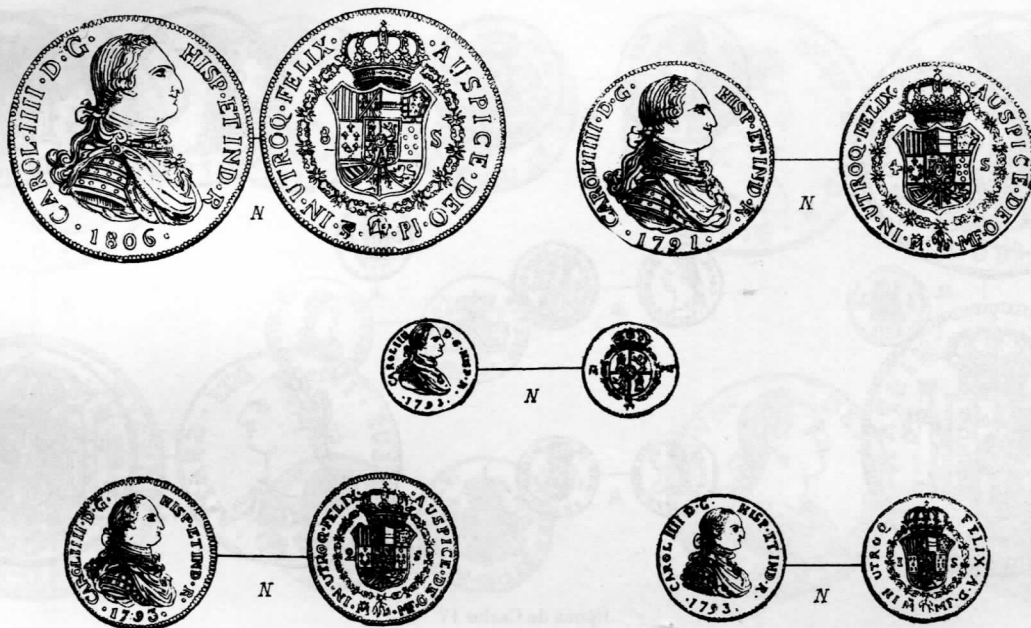
¹ Véase este bando en la *Gaceta* del gobierno provisional correspondiente al 13 de octubre de 1821.

rables refuerzos en hombres y cañones. Súpolo Filisola y lo participó inmediatamente al primer jefe del ejército, quien le previno que no empeñase acción, sino que procurase atraer á Castillo, separándole de México para que no pudiese recibir los recursos que de esta capital se le enviasen, y que si el jefe realista enderezaba su marcha en auxilio de Querétaro, se redujese á seguirlo observando sus movimientos.

Díaz del Castillo no tardó mucho en moverse contra Toluca, de donde salió previamente Filisola dirigiéndose á la cercana hacienda de la Huerta, con el propósito de situarse en un punto favorable á las maniobras de su caballería, y de unirse con doscientos infantes que al mando del padre Izquierdo acababan de aparecer en ese

lugar. El coronel realista entró en Toluca la noche del 18 de junio, y á la mañana siguiente marchó con su división, fuerte de setecientos hombres y dos piezas de artillería, contra las posiciones de la Huerta. Filisola destacó al teniente coronel Calvo con un escuadrón, ordenándole que procurase atraer al enemigo á la llanura que se extiende al pié de una loma donde tenía á sus infantes formados en línea de batalla. Calvo ejecutó con valor y habilidad el movimiento que se le previno, y la división realista avanzó en columna de ataque cañoneando nutridamente á la caballería de los independientes. Dirigióse en seguida contra la derecha y luego hacia el centro, movimiento previsto por Filisola, quien manobrando hábilmente y auxiliado en los momentos más

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX



Epoca de Carlos IV

críticos por la gente que había sido de Pedro Ascensio, mandada ahora por don Felipe Martínez, logró envolver al enemigo y dió orden de cargar á la bayoneta. Trabóse entonces porfiada y sangrienta refriega, que terminó con la derrota de los realistas, quienes dejaron en el campo su artillería, parque y cerca de trescientos hombres, muertos, heridos ó prisioneros, hallándose entre los primeros el mayor don Ramón Puig. La pérdida de los independientes fué también considerable, ascendiendo á quince muertos y veintidós heridos; su jefe, el coronel Filisola, permitió al enemigo que llevase sus heridos á Toluca, «conducta tanto más loable, añade el historiador Bustamante, cuanto que pocos días antes Húber acababa de fusilar á sangre fría á veintisiete soldados de la división de Pedro Ascensio, de cuyo cadáver mandó aquel jefe quitar la cabeza, y cometió las abominaciones

propias de los cobardes en un momento de efímera prosperidad.» De Toluca marchó Díaz del Castillo á Lerma, y no recibiendo los refuerzos que había pedido se replegó á la capital con su destrozada división.

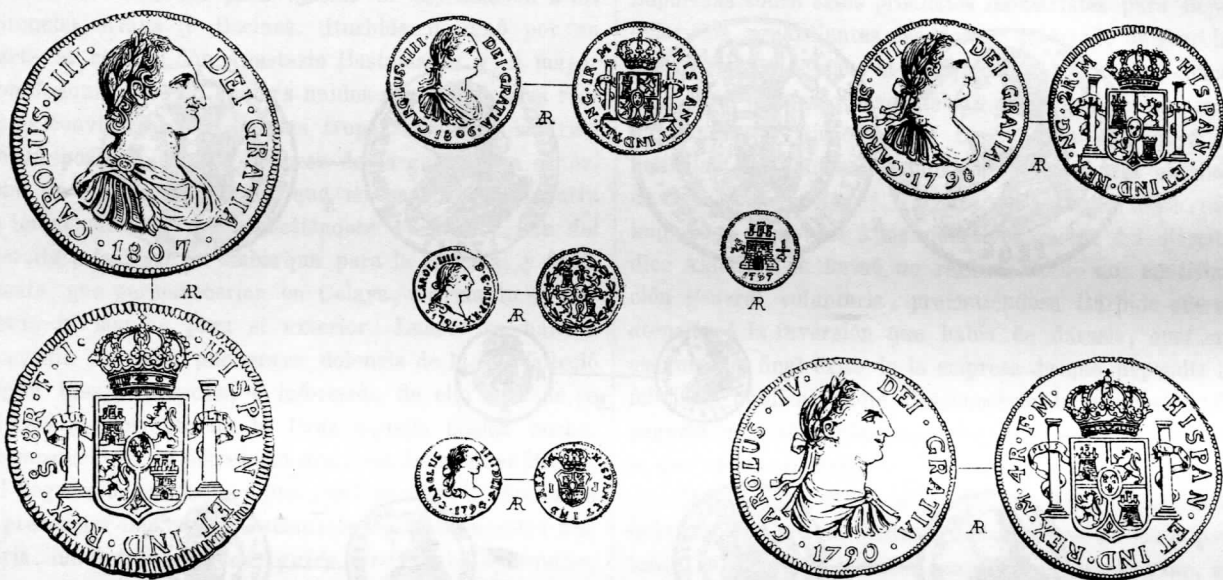
El virey, al saber la derrota de sus tropas en la hacienda de la Huerta, había ordenado que saliesen en apoyo de Díaz del Castillo cien hombres de los que formaron la expedición de Márquez Donayo á Acapulco; pero se negaron á marchar so pretexto de que se les debían algunas pagas. Apodaca se presentó en persona á persuadirles que obedeciesen, y persistiendo aquéllos en su resistencia, fué preciso reducirlos á prisión y en seguida se condenó á los cabecillas de aquel motín militar á diez años de presidio; los demás, rendidos ante tan severa pena, marcharon dos días más tarde y volvieron incorporados con los vencidos en la Huerta. No escaseó

el gobierno vireinal premios ni condecoraciones á los oficiales y soldados que allí lucharon con valor, aunque con adversa fortuna, y respecto del mayor Puig, que cayó como bueno al frente de su columna, se mandó hacer de él mención honorífica en el libro de órdenes de todos los cuerpos del ejército.

Don Antonio López de Santa Anna, que ya era coronel desde su fácil triunfo de Jalapa ¹, había amagado á la continua al castillo de Perote, cuyo comandante, don Agustín de la Viña, con muy pocos soldados, escasos víveres y frecuentes alarmas, se hallaba en situación premiosa. El padre capellán de la fortaleza, fray Laureano Chávez, pudo llegar á Puebla á través de grandes peligros, é hizo presente al brigadier Llano los apuros

de Viña, por lo que aquel comandante militar envió al coronel Samaniego, quien entró en Perote el 11 de junio, y á su regreso dejó en el fuerte algunas tropas, víveres y dinero. Santa Anna no pudo impedir el paso de la sección de Samaniego cuando ésta se dirigió á Perote, por la rapidez con que hizo su marcha, pero se situó en la Hoya, por si Samaniego intentase dirigirse á Jalapa, y en aquel lugar tuvo una entrevista con don José Joaquín de Herrera, en la cual se convino que mientras este jefe se dirigía hacia Puebla, Santa Anna volvería á Jalapa para disponer el asedio de la plaza de Veracruz, pues que los socorros que en tropas y víveres acababa de recibir la fortaleza de Perote, hacían difícil por entonces, si no imposible, la empresa de reducirla por la fuerza.

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX



Época de Carlos IV

En la hacienda del Encero, no lejos de Jalapa, dirigió Santa Anna una proclama á sus soldados (24 de junio ²), y en ese documento, notable por su estilo hinchado y pedantesco, que Alamán atribuye á don Carlos María de Bustamante á la sazón residente en esa villa, se excitaba á las tropas de la undécima división á conquistar el importante puerto de Veracruz, arrancándolo del poder de los dominadores. Tres días después, (27 de junio), llegaba Santa Anna á Santa Fe, en donde debían reunirse las compañías de la Costa. El 29 de aquel mismo mes sostuvo un combate de poca importancia con tropas realistas salidas de la plaza, y en los primeros días de julio avanzó su campamento hasta el punto llamado *Mundo Nuevo*, y con un obús de á siete, dirigido por el joven comandante de artillería don Carlos

Jabié, rompió el fuego sobre la plaza, que le fué contestado por la artillería del baluarte de Santa Bárbara, siendo heridos levemente el mayor Aguado y el teniente Stávoli, ayudante de Santa Anna. Este jefe se trasladó á Casa Mata durante la noche del 4, y allí dispuso asaltar la plaza por el baluarte de la Merced. En efecto, provistas sus tropas de cincuenta escalas, y dando el mismo Santa Anna ejemplos de arrojo, se apoderaron de aquella batería y de la puerta del mismo nombre en la madrugada del 7 de julio; cayeron sucesivamente en su poder los baluartes de Santa Lucía y Santa Bárbara, y mientras Santa Anna marchaba á ocupar la Escuela Práctica de artillería y el baluarte de Santiago, otros dos trozos de sus tropas debían atacar el cuartel del Fijo, defendido por el teniente coronel don José Rincón.

Un copioso aguacero se desató en aquellos momentos inutilizando las municiones de los asaltantes; no obstante Santa Anna logró llegar hasta la puerta del muelle

¹ Véase capítulo anterior.

² BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 200 y 201, edición de 1846.

seguido de ochenta soldados y allí se detuvo, impidiendo el embarque de muchos comerciantes españoles que al oír el rumor del combate habían acudido á ese punto para trasladarse á la fortaleza de Ulúa. Las tropas que Santa Anna había dejado tras sí con la orden de tomar el cuartel del Fijo y de correr luego en su auxilio, lejos de obedecer sus instrucciones, se embriagaron en las tabernas que hallaban á su paso; una partida de caballería que avanzó hasta la plaza de Armas fué vigorosamente rechazada por los soldados de Dávila y los vecinos españoles parapetados en los balcones de las casas, y en su precipitada fuga acabó de desordenar á la indisciplinada infantería, que huyó á su vez, dejando dentro del recinto fortificado treinta hombres muertos ó heridos y

ochenta prisioneros. La posición de Santa Anna, en el extremo de la ciudad, separado de los suyos y blanco de los disparos que de todas partes se le dirigían, llegó á ser peligrosísima; pero á fuerza de arrojo logró retirarse, siendo el último en salir de la plaza, así como había sido uno de los primeros en marchar al asalto. Frustrado su atrevido proyecto, el coronel independiente se retiró desde luego á Córdoba, y en seguida á Orizaba, donde desahogó su enojo en una proclama que allí publicó en 19 de julio ¹, haciendo que marchase al Puente del Rey una sección considerable de tropas para impedir que Dávila enviase alguna expedición contra Jalapa. Este comandante realista no intentó, sin embargo, tomar la ofensiva, y se redujo á reparar las

MONEDAS ESPAÑOLAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX



Época de Fernando VII

fortificaciones de la plaza, ocupando en estos trabajos á los prisioneros que acababa de hacer á los independientes.

Al mismo tiempo que Santa Anna asediaba á Veracruz habían ocurrido graves sucesos en la capital, en la que reinó grande agitación durante el mes de junio, según hemos dicho al principio de este capítulo. Los bandos del virey relativos á requisición de armas y caballos, la escasez de víveres que se acentuaba más cada día, y la leva ó alistamiento forzoso que se estaba llevando á cabo con inusitado rigor, produjeron en los habitantes de la ciudad un profundo sentimiento de indignación contra un gobierno que bamboleaba ya sobre sus minadas y vetustas bases. Pero el golpe final y que le haría caer en tierra no le fué asestado por el pueblo. En los postreros días de junio y los primeros de julio se atropellaron las noticias funestas recibidas en México, y sucesivamente se supo la derrota de Díaz del Castillo

en la hacienda de la Huerta, la rendición de Bracho y San Julián en San Isidro, el levantamiento de Guadalajara á favor de la independencia, la capitulación de Luaces en Querétaro, y por último, el estrecho cerco que en rededor de Puebla habían establecido los jefes independientes Bravo y Herrera. Tantos y tan repetidos desastres exasperaron á muchos oficiales de los cuerpos expedicionarios que se hallaban en México, quienes hacía algún tiempo achacaban en voz baja las desgracias de la campaña á impericia é ineptitud del virey. Los últimos

¹ Esta proclama, justamente criticada por el historiador Alamán, terminaba así: «¡Veracruz! la voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas: en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá á todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto á Roma como Veracruz á México. ¡Sed romanos, pues tenéis Escipiones: Dios os protege!» (BUSTAMANTE.—Cuadro histórico, tomo V, pág. 206. — ALAMÁN.—Historia de México, tomo V, pág. 193).

sucesos los decidieron á obrar resueltamente, y ganando con grande actividad á todas las tropas de la guarnición, fijaron para la ejecución de su plan la noche del 5 de julio. Por más que procediesen los conjurados con rapidez y sigilo, alguna inquietud se hizo sentir en la ciudad durante la tarde de aquel día, y todos presentían un grave acontecimiento, excepto Apodaca, que nada supo de lo que en su daño se tramaba.

Los conjurados, ya en las primeras horas de la noche, detuvieron en los cuarteles á los coroneles don

Francisco Javier Llamas y don Blas del Castillo y Luna, jefes respectivamente del regimiento *Ordenes Militares* y batallón de *Castilla*. Entre nueve y diez de la noche, los soldados de esos dos cuerpos, los del *Infante don Carlos* y los de las compañías de Marina (estos últimos de guardia en el palacio), ocuparon en parte ese vasto edificio y el resto se desplegó frente á la fachada, en tanto que se situaba al pié de la catedral una de las nueve compañías de caballería, formadas recientemente con el nombre de *Defensores de la integridad de las*

MONEDAS ESPAÑOLAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX



Época de Fernando VII

Españas. El virey se hallaba á la sazón presidiendo la junta de guerra, en la que estaban presentes los mariscales de campo Liñán y Novella, el brigadier Espinosa Tello y el coronel Sociats. Dióse aviso á Apodaca que dentro y fuera del palacio había gran número de tropas, y al mismo tiempo solicitaron hablarle los jefes de la asonada. Entraron en la pieza donde estaba reunida la junta el teniente coronel don Francisco Buceli, los capitanes Lara, Llorente, Carballo y Béistegui y otros oficiales de menor graduación, quienes manifestaron el disgusto que había producido en las tropas la noticia de la rendición de Bracho y San Julián, la de las capitulaciones de Valladolid y Querétaro, y la desconfianza

profunda que inspiraba á los soldados la serie de des-
acertadas providencias que emanaban del virey, por lo que pedían á éste, en nombre de toda la guarnición, que se separase desde luego del mando, entrando á ejercerlo alguno de los subinspectores (Novella y Liñán). Apodaca les contestó con moderación y dignidad manifestando todas las consideraciones que debían tenerse presentes para no dirigirle cargos injustos é infundados; «por lo demás, les dijo, ustedes me ponen la puente de plata que me liberta de una carga tan insoportable como es la del vireinato en estas circunstancias, y que si no he dejado antes ha sido por mi propio honor, y por temer mayores males de una resolución como la que ahora se pretende.»

El mariscal Liñán habló á su vez afeando la conducta de los militares que habían promovido tan escandalosa sedición; instruyó á éstos de las providencias que el virey y la junta permanente de guerra tenían acordadas



Facsímile de la firma del mariscal de campo don Francisco Novella

para resistir y atacar á los independientes, y protestó que de ninguna manera admitiría el mando que le ofrecían; y Novella, aunque con menos energía, hizo igual declaración. Entonces el brigadier Espinosa Tello propuso que, supuesta la confianza que las tropas tenían

en Novella, se encargase éste del mando militar, quedando en el político Apodaca: uno de los oficiales amotinados, el capitán Llorente, indicó que era necesario contar con la voluntad de la tropa, que salió á consultar, volviendo á poco con la respuesta de que se exigía la completa separación del virey, y que los ánimos se hallaban tan irritados que no se podría responder de su vida si no se efectuaba inmediatamente. Los dos subinspectores insistieron en rehusar el mando, mas habiendo insinuado los oficiales amotinados que en ese caso nombrarían virey al teniente coronel Buceli, hubo de condescender Novella para evitar mayores males. Presentóse á la firma de Apodaca un papel que llevaban apercebido los oficiales, en que atribuía su separación á enfermedades que no le permitían seguir ejerciendo el mando; pero el digno anciano hizo pedazos el papel luego que lo hubo

MONEDAS ESPAÑOLAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX



Época de Fernando VII

leído, manifestando que aunque estaba pronto á abandonar el puesto que una sedición militar le arrebatara, no lo dejaría de una manera deshonrosa, poniéndose en ridículo con aquel pretexto, cuando todos los habitantes de la capital le veían diariamente recorrer á caballo los puntos fortificados y cumplir con todos sus deberes de gobernante.

Este incidente encendió en ira al mariscal Liñán, quien desafió uno á uno á todos los oficiales amotinados que allí se hallaban; y finalmente quedaron aplacados con la siguiente renuncia que Apodaca les entregó, escrita de su mismo puño:

«Entrego libremente el mando militar y político de estos reinos, á petición respetuosa que me han hecho los señores oficiales y tropas expedicionarias, por convenir así al mejor servicio de la nación, en el señor mariscal de campo don Francisco Novella, con sólo la circunstancia de que por los oficiales representantes se me asegure la seguridad de mi persona y familia, manteniendo la tropa de marina y dragones que tengo, y se me dé además la escolta competente para marchar en el siguiente día á Veracruz para mi viaje á España, de-

jando á cargo de dicho señor Novella con toda la autorización competente, dar las disposiciones y órdenes para la continuación del orden y tranquilidad pública, y entenderse, en vista de esta cesión que hago, con las autoridades tanto eclesiásticas como civiles y militares del reino. México, 5 de Julio de 1821.—*El conde del Venadito* ¹.»

Y en la misma fecha dirigió un oficio á la Junta provincial para que reconociese á Novella por jefe político superior.

Al día siguiente Apodaca salió para la villa de Guadalupe, y algún tiempo después regresó á México, donde estuvo alojado con su familia en el convento de San Fernando hasta el 25 de setiembre en que marchó á Veracruz para embarcarse en el navío *Asia*, á cuyo bordo había venido, á principios de agosto, el último virey de Nueva España don Juan O'Donojú ².

¹ Véase todo lo relativo á la deposición de Apodaca en el diario publicado en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo V, págs. 263 á 268, é *Historia de México*, por Alamán, tomo V, págs. 248 á 252.

² Don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, desembarcó en Lisboa y de allí se dirigió á Badajoz, en donde permaneció algún tiempo, hasta que de orden superior pasó á Madrid para informar

Una sedición había derribado á Iturrigaray en setiembre de 1808, marcándose desde entonces los primeros síntomas de la terrible revolución que estalló algún tiempo después; y trece años más tarde, cuando estaba á punto de hundirse para siempre el dominio español en México, otra sedición deponía al representante del monarca, y apresuraba, quizás algunos días, el triunfo inevitable de la independencia.

El nuevo jefe de aquel gobierno agonizante se dió á reconocer á las autoridades, pero la Junta provincial se resistió á hacerlo, y en la contestación que dirigió á Apodaca le decía lo siguiente:

«Excelentísimo Señor: En vista del oficio de V. E. fecha de ayer, para cuya lectura se reunió esta diputación provincial, acordó contestarle que la dimisión de mandos que V. E. ha hecho es nula: lo primero, que por el contexto mismo del oficio y por notoriedad se conoce que fué violenta; lo segundo, porque no hay facultades en V. E. para entregar el mando á la persona que le haya parecido, sino á aquellas que designa la ley en casos de imposibilidad; lo que comunica á V. E. esta diputación en respuesta, para su inteligencia.

»Dios etc., 6 de Julio de 1821.—(Firmas de todos los miembros de la Junta provincial).—Excelentísimo Señor virey conde del Venadito, capitán general de Nueva España.»

Respuesta semejante dirigió á Novella, quien solicitó de la Audiencia que le recibiese el juramento, á lo que este cuerpo se negó diciéndole que, conforme al régimen constitucional, á la Junta provincial correspondía exigirlo. Entretanto, los oficiales y soldados que habían erigido el nuevo orden de cosas, murmuraban airados, dejando percibir que estaban dispuestos á cometer cualquier atentado si la Junta provincial persistía en su propósito de no reconocer á Novella. Quizás el temor ó el deseo de evitar la anarquía obligó á la Junta á ceder, y el 8 de julio manifestó al nuevo gobernante que estaba dispuesta á recibir su juramento, lo que en efecto hizo en aquel mismo día.

Algunos de los militares más distinguidos como Liñán, Sociats, Llamas, Castillo y Luna se separaron con diversos pretextos de las comisiones que servían ó de los cuerpos que mandaban; las tropas de la guarnición que no tomaron activo participio en la deposición violenta de Apodaca, reconocieron desde luego á su sucesor, y el pueblo de la capital permaneció impasible ante el cambio que acababa de efectuarse, quizás por la convicción que abrigaba del poco tiempo de vida que debía alentar al nuevo gobierno. Sin embargo, Novella

de los sucesos de Nueva España. Fué enviado de cuartel á Sevilla, y en 1823 el rey lo nombró capitán general de la isla de Cuba, encargándole la reconquista de México. No habiendo aceptado ese nombramiento, el rey le dió el de virey de Navarra y la gran cruz de Isabel la Católica (1824). Volvió á Madrid en 1826 á ejercer las funciones de consejero de Estado; en 1829 fué condecorado con la gran cruz de Carlos III, y en 1830 recibió el grado de capitán general de la real armada. En el nuevo orden de cosas establecido en España después de la muerte de Fernando VII fué nombrado prócer del reino por la reina gobernadora, y falleció el 11 de enero de 1835 á los ochenta y un años de su edad y sesenta y ocho de servicios.

y los que lo habían elevado, á semejanza de los griegos del Bajo Imperio en las postrimerías de su existencia política, y como si no estuviesen cercados de victoriosos enemigos, celebraron con la posible pompa su exaltación al poder: besamanos, representaciones de gala en el teatro, y otras demostraciones de regocijo, marcaron el advenimiento de un gobernante sobre tan frágiles bases asentado. Al término de las fiestas fué preciso atender á los peligros de la situación, y ésta se presentaba cada vez más sombría y amenazadora. Novella no podía hacer otra cosa que seguir el mismo sendero que su antecesor, y desde luego llevó adelante con mayor violencia el alistamiento forzoso; estableció nuevas penas á los que se opusiesen á la requisición de armas y caballos; nombró comandante militar de México al coronel González del Campillo; formó una junta de guerra de la que había de ser primer vocal don José de la Cruz¹; publicó proclamas en las que excitaba á seguir el ejemplo de los españoles que en la madre patria habían luchado con valor y constancia contra el invasor francés; y comprendiendo que pronto se vería sitiada la capital, se dedicó á reparar las fortificaciones ya construídas y á levantar nuevas obras defensivas.

Entretanto, Puebla, que era considerada como la segunda ciudad del vireinato, caía en poder de los independientes después de un asedio cuyos detalles más notables debemos referir á continuación.

Bravo, al separarse de Herrera en Rinconada el 29 de abril², marchó rápidamente hacia el Norte, tocó en Zacatlán y se dirigió contra Tulancingo, punto defendido por el coronel don Manuel de la Concha. Este cruel militar español no creyó prudente resistir á los independientes, y dejando hasta la correspondencia que tenía ya escrita y cerrada para el virey, y los papeles relativos á la caja del regimiento de San Luis, huyó precipitadamente á la capital. Signióle Bravo con sus tropas considerablemente aumentadas; envió al virey los papeles que dejó Concha en Tulancingo, diciéndole con sorna que lo hacía para que no hiciesen falta en el ajuste de cuentas del cuerpo de San Luis, y logró alcanzar al jefe realista cerca del pueblo de San Cristóbal. Concha hizo alto y envió á Bravo dos oficiales, quienes protestaron en su nombre no hacer armas en lo futuro contra los independientes, á condición de que se le dejase en libertad de seguir su retirada á la ciudad de México. Convino Bravo en ello y regresó á Tulancingo, pasando antes por Pachuca, donde se apoderó de las armas y pertrechos que allí tenía Concha depositados; en la primera de esas poblaciones se ocupó durante algunos días en aumentar

¹ Los vocales que Novella nombró para que formasen la nueva junta de guerra fueron: don José de la Cruz, el conde de la Cortina, el marqués de Vivanco, don José Gabriel de Armijo, don Juan Marcos Rada, don Lorenzo Noriega, don José Ignacio Aguirrevengoa, don José Antonio Cambor, el conde de Casa de Heras, don Eusebio García, don Manuel Gutiérrez y don Martín Angel Michaus.

² Véase capítulo anterior.

y vestir su tropa, establecer una fábrica de pólvora y plantear una imprenta en la que se publicó un periódico, y en lo sucesivo, todo lo que contribuyese á difundir y fomentar el levantamiento por la independencia. El 14 de junio salió de Tulancingo á la cabeza de tres mil hombres, dejando cuatrocientos á las órdenes del coronel Castro ¹.

Era el propósito de Bravo cercar á Puebla, y en consecuencia, dió anticipado aviso al coronel don José Joaquín de Herrera, invitándole á tomar participio en la empresa. A medida que avanzaba el valiente y generoso

caudillo de la independencia, engrosábase su división con varias partidas: en la hacienda de Sultepec se le presentaron cien soldados y los músicos del regimiento Fijo de Puebla, desertados de esta ciudad; en Tlaxcala, donde entró Bravo el 18 de junio, se incorporaron á sus tropas los jefes realistas Zarzosa y Miota con trescientos cincuenta caballos, y cuatro días más tarde (22 de junio de 1821) la división de Herrera procedente de las villas de Orizaba y Córdoba apareció por el rumbo del este á tiempo que la de Bravo llegaba á Cholula y destacaba gruesos trozos de caballería hacia el camino



PUEBLA. — Vista de la catedral

carretero que va de Puebla á México, con el intento de cortar la comunicación entre una y otra ciudad.

La división de Bravo, fuerte de cuatro mil hombres y á la cual acababa de unirse don Manuel Mier y Terán, quien vivía retirado en Puebla después de haber capitulado á principios de 1817 ², pasó revista en Cholula el 1.º de julio (1821), y al día siguiente avanzó contra Puebla, ciñéndola por toda la parte del poniente y situando su cuartel general en el cerro de San Juan; la caballería, al mando del coronel Zarzosa, se extendió

hasta el rumbo del norte; y la artillería, dirigida por Mier y Terán, fué colocada en las laderas del dominante cerro de San Juan. Herrera con la 11.ª división ocupó por la parte oriental el cerro de Amaluca y desplegó sus líneas por el norte y sur, uniéndolas con las de la tropa de Bravo.

Don Ciriaco del Llano, que mandaba en la ciudad sitiada, tenía por segundo al coronel don José Morán, marqués de Vivanco, quien antes de formalizarse el asedio se hallaba situado con un cuerpo de caballería en San Martín Texmelucan. Los cañones de Bravo dispararon incesante fuego sobre Puebla desde el día 3, y protegieron el avance de las guerrillas que se extendieron

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 210. — Alamán sigue á Bustamante en todo lo relativo al asedio de Puebla.

² Capítulo IV del presente libro.

hasta el *Señor de los trabajos*. El día 6 (julio de 1821) una columna de los sitiados, fuerte de seiscientos hombres, avanzó contra el cerro de San Juan, disparando granadas contra el cuartel general de Bravo, pero la caballería de los independientes al mando de Zarzosa y Gómez y trescientos infantes á las órdenes de don Joaquín Mier y Terán, cargaron reciamente y la hicieron volver á la plaza en precipitada fuga; en su persecución llegaron hasta Santiago y la Casa de Rastro, de cuyos puntos se apoderaron, y á ellos avanzó Terán con sus cañones, que continuaron sus mortíferos disparos. Por el lado oriental Herrera alcanzaba también señaladas ventajas y su artillería lanzaba sus fuegos al interior de la ciudad esparciendo en ella la confusión y el espanto, en tanto que sus tropas avanzadas ocuparon la parroquia de la Luz y el rancho de la Rosa. Bravo intimó rendición á Llano el 8 de aquel mes, y después de varias contestaciones, durante las cuales no cesó el fuego de los combatientes, se convino un armisticio (17 de julio), entretanto que un comisionado de Llano, enviado por éste á Iturbide, volviese con las condiciones que propusiera el jefe del ejército libertador. También fué concedido á Llano que despachase un correo á la capital. Las estipulaciones del armisticio fueron: la demarcación de un circuito del cual no podrían pasar ni unos ni otros; la suspensión de toda obra de fortificación, así como también de la marcha de las tropas que pudiesen dirigirse á reforzar á una ú otra de las partes beligerantes; y que los desertores que fuesen aprehendidos dentro de los límites de los circuitos respectivos serían juzgados con arreglo á la ordenanza, y lo mismo los que protegiesen la desertión ¹.

En consecuencia de lo convenido, salió de Puebla el coronel Munuera en busca de Iturbide, de quien se supo que marchaba hacia Cuernavaca. Los jefes sitiadores tuvieron aviso de que el coronel don Epitacio Sánchez, procedente de Querétaro, avanzaba en su auxilio al frente de quinientos caballos, y cumpliendo con el armisticio le ordenaron que no pasase de San Martín Texmelucan; pero informados también de que el realista Concha, olvidando su promesa de no hacer armas contra los independientes, pretendía acercarse á la ciudad al frente de una sección respetable, enviaron á su encuentro seiscientos caballos al mando de Ramírez y Sesma; este jefe, unido al coronel Sánchez, lo persiguió rudamente hasta obligarlo á entrar en México, con alguna pérdida que sufrió en Venta de Córdoba.

Dueño Iturbide de Querétaro, dispuso que sus tropas avanzasen hacia la capital, y, en efecto, dos

fuertes divisiones mandadas por Quintanar y Bustamante marcharon con grande entusiasmo contra México, prometiéndose una pronta y segura victoria. Entretanto, el primer jefe del ejército trigarante, deseoso de apresurar el término del sitio de Puebla, resolvió trasladarse al campo de Bravo al frente de los granaderos de a caballo y de la mayor parte del regimiento de Celaya. Desde Arroyo Zarco se dirigió á Cuernavaca, guarnecida por Armijo y Hüber con algunos centenares de soldados y los negros de las haciendas de Yermo. Ni por un momento pensaron en resistir ambos jefes realistas, y se retiraron á la capital; Iturbide entró en Cuernavaca el 23 de julio y dirigió una proclama á los habitantes de la villa, en la que después de explicar los motivos que le habían obligado á separarse de las tierras del Sur, en marzo de aquel año, para marchar á Michoacán y al *Bajío*, deciales lo siguiente: "...Ya no sufriréis el yugo de unos opresores, cuyo lenguaje es el insulto, el artificio y la mentira, y cuya ley está cifrada en su ambición, venganzas y resentimientos. La Constitución española en la parte que no contradice á nuestro sistema de independencia, arregla provisionalmente nuestro gobierno, mientras que reunidos los diputados de nuestras provincias dictan y sancionan la forma que más convenga para nuestra felicidad social ¹." Esta última frase indicaba ya el propósito de Iturbide de subordinar su mismo Plan de Iguala á la resolución del Congreso que se reuniese, respecto de la forma de gobierno, pues en aquél se expresaba terminantemente que sería llamado al trono de México el rey Fernando VII, y en defecto de éste, sus hermanos los infantes don Carlos y don Francisco de Paula. Ninguna voz se alzó, empero, en contra de aquella frase estampada en solemne documento, ora por la mayor atención que los ánimos dedicaban á los rápidos y victoriosos avances de la revolución, ora porque la inmensa mayoría de los mexicanos viese con satisfacción que el mismo autor del plan abría desde entonces amplio sendero á todas las aspiraciones.

Sin detenerse muchos días en Cuernavaca, el primer jefe del ejército trigarante se dirigió á Cholula, en cuya ciudad entró á fines de julio. Poco tardó en concertar con Llano la capitulación de Puebla, la cual fué ajustada en la hacienda de San Martín por los coroneles Horbegoso y Samaniego en nombre de este brigadier realista, y por don Luis Cortazar y el conde de San Pedro del Alamo en representación de Iturbide (28 de julio). Las tropas expedicionarias debían marchar á Tehuacán con los honores militares, y sus sueldos serían pagados por la nación mexicana hasta el día en que llegasen á la Habana, trasladadas también á expensas de México; los individuos de la guarnición que así lo pretendiesen podían unirse al ejército trigarante, y las tres imprentas que había en la ciudad serían entregadas, en buen

¹ Véase este armisticio en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo V, págs. 212 y 213. Fué ajustado en la casa de campo de don Pedro de la Rosa, siendo representantes de Llano el capitán del batallón de Extremadura don Manuel Ortega y Calderón y el de artillería don Clemente Delgado; y por parte de Bravo y Herrera el teniente coronel don Manuel Rincón, que después de la capitulación de Jalapa se había unido al ejército libertador, y el capitán don Joaquín Ramírez y Sesma.

¹ Bustamante inserta íntegra esta proclama en su *Cuadro histórico*, tomo V, nota de la pág. 214, edición de 1846.

estado, por los que capitulaban. Salieron, en efecto, los realistas para el punto señalado, y Llano con su familia y algunos de sus principales oficiales marchó al pueblo de Coatepec, cercano á Jalapa, y á poco se embarcó en Veracruz con dirección á España.

Iturbide entró triunfalmente en Puebla el 2 de agosto de 1821 en medio del entusiasmo de la multitud, y aunque los merecimientos de la conquista de esa ciudad correspondían en justicia á Bravo y á Herrera, la

gloria y renombre del primer jefe del ejército libertador ofuscaron entonces los claros servicios de estos valientes y modestos campeones de la independencia. El pueblo aclamó á Iturbide con delirio al atravesar éste las calles y plazas de la ciudad de los Angeles, y luego le hizo salir al balcón del palacio episcopal, en que se alojó, para saludarlo una y otra vez, oyéndose algunas voces de *¡viva Agustín I!*